

de la India. Este libro sagrado se divide en dos partes de las cuales la una trata de las ceremonias religiosas, y la otra contiene preceptos morales.

Poseemos además los fragmentos de otra obra del mismo filósofo con el título de *Oráculos de Zoroastro* (1).

La teoría de los gobiernos parece haber sido también familiar á los sabios de la Persia. No faltan autores que representen á Zoroastro el antiguo, bajo el aspecto de un legislador, y Herodoto introduce en su historia la escena de unos señores persas deliberando despues del asesinato del mago, sobre la forma de gobierno que habian de adoptar para el imperio. «El tirano, segun se dice en aquella escena, henchido unas veces de odio y otras de orgullo, comete acciones horribles.» Megabizes (uno de los interlocutores), opinó por la oligarquía, y pintó los furios del pueblo. Darío habló en favor de la monarquía, y triunfó (2).

Los magos y demás sacerdotes sometidos á los persas, sobresalían en el estudio de la naturaleza. Pueden apreciarse sus conocimientos en astronomía por una serie de observaciones de mil novecientos tres años que Calistenes, filósofo griego, que acompañaba á Alejandro, encontró en Babilonia (3). No nos olvidemos de la ciencia misteriosa que dió nombre á la secta que la practicó. La magia da testimonio de dos cosas, de la ignorancia de los pueblos de Oriente, y de las desgracias de los hombres de aquellas épocas. Solo el que padece es quien se afana por saber el porvenir.

No puede suponerse que tantas luces hicieran un contrapeso capaz de resistir á la corrupcion (a). Asi es que vemos extenderse bajo el imperio de Ciro un espantoso despotismo, vemos que los sátrapas convirtiéndose en pequeños tiranos de sus respectivas provincias, abrumaban á los pueblos postrados á sus pies, en tanto que un gérmen de lujo y de miseria devoraba á los grandes y á los pequeños. De ese cuadro moral y político del Oriente, considerado en el momento de establecerse las repúblicas en Grecia, resulta, que habia ya llegado á ese punto de madurez en que son inevitables las revoluciones, ó por lo menos al estado aquel de vicios y de ilustracion que da á un pueblo susceptibilidad de ser conmovido por las agitaciones políticas de los Estados vecinos. La influencia de la revolucion republicana de Persia favorecida por causas internas, obró de un modo directo, pronto y terrible, porque la encontró dispuesta á tomar las armas á consecuencia de los sucesos que voy á describir.

Notemos de paso que el principal efecto de la revolucion francesa sobre Alemania influyó también por la via militar. Mas hallándose ese país en diferente si-

(1) Patricio publicó 325 versos de esta obra á continuación de su *Nova Philosophia de Universis*, impresa en Ferrara en 1591. No me ha sido posible adquirir este libro á tiempo de poder insertar la traduccion de dichos versos; pero si puedo lo haré al fin del tomo.

(2) HEROD., lib. III, cap. LXXX.

(3) SIMPL., lib. II, de *Cælo*.

(a) Leyendo con atencion este libro se echa de ver que bajo el punto de vista político, mi objeto era demostrar que la república no podia tener buenos resultados en Francia; porque faltaba la necesaria pureza de costumbres. Yo convertía esa observacion en un principio general, dando por contrapeso de las luces la corrupcion, y no suponiendo que fuese posible la república en un pueblo antiguo y civilizado. Esto, como ya lo he dicho otras veces, nacia de no haber yo estudiado mas que las repúblicas bajo la antigua forma, y de este principio falso inferia que la civilizacion nos condenaba á una eterna esclavitud. Afortunadamente al pensar yo de ese modo incurria en un solemne error: estoy plenamente convencido de que la libertad es muy compatible con las luces, y que es mas amable en el estado actual de civilizacion bajo la forma monárquica, que bajo la republicana; porque aquella enfrena las ambiciones, cuyo encono se aumentaría con la poca pureza de las costumbres. (N. ED.)

tuacion moral que el imperio de Ciro, ni debió ni debe temer los mismos resultados (b). Contemplando lo pasado, es como puede adivinarse el porvenir. Hay un dato seguro que nunca extraviará á quien parta del mismo principio: las costumbres.

Antes de entrar en detalles de la guerra médica y de la lucha actual, conviene decir una palabra sobre la situacion política de la Persia y Alemania consideradas un poco de tiempo antes de aquellas calamidades.

CAPITULO LX.

SITUACION POLÍTICA DE LA PERSIA AL EMPEZAR LA GUERRA MÉDICA.—ESTADO DE LA ALEMANIA AL OCURRIR LA GUERRA REPUBLICANA.—DARÍO, JOSÉ, LEOPOLDO.

Reinando Darío, hijo de Histaspes fue cuando estalló la famosa guerra médica, cuya historia vamos á trazar. Aquel monarca reunió al parecer en su persona las diversas cualidades de los emperadores de Alemania José y Leopoldo. Aficionado á reformas y á la guerra como el primero de estos, y legislador como el segundo, tuvo también que luchar á un mismo tiempo contra los rigores de la fortuna.

El rey de los persas al ocupar el trono, llevó á cabo una grande revolucion religiosa, dando á los magos, que hasta entonces habian dominado en la opinion y usurpado las riendas del poder supremo, un golpe de muerte. No contento con haberlos precipitado de la cumbre del poder, los atacó en el origen mismo de su influencia, y sustituyendo supersticion con supersticion, esto es, el culto de las estrellas al antiguo culto del sol, tuvo la destreza de desprestigiarlos á la vista del pueblo.

Este hecho, que atendidas las circunstancias en que se hallaba la Grecia, es de grande importancia, y que por sí mismo constituye un acontecimiento del mayor interés, apenas ha merecido la observacion de ningun historiador (c). Sin embargo, sus consecuencias debieron causar una viva conmocion. Si la ciencia de los hombres ha producido siempre los mismos efectos, si me es lícito discurrir acerca del efecto de las pasiones con arreglo al conocimiento que tenemos de ellas, puedo atreverme á conjeturar que la insurreccion de Babilonia y tal vez la de la misma Jonia, provinieron en medio de otras causas, que ahora no nos es posible apreciar, de las innovaciones religiosas (4) que en aquellos países se verificaron. ¿Quién podrá calcular hasta qué punto influyeron en los sucesos de la guerra médica, y por consiguiente en el destino de la Persia? Aquellas reformas sacerdotales y las del emperador de Austria en nuestros tiempos, consumadas unas y otras casi en el mismo instante de derrocar la monarquía en Grecia y en Francia presentan una de las mas interesantes afinidades de la historia.

Apenas José II trató de poner en planta las innova-

(b) No son muy exactas estas predicciones. La revolucion francesa no puede considerarse como un hecho aislado; el mundo se ha puesto en movimiento, y sigue marchando hácia un nuevo orden de cosas. La Francia se ha puesto al frente de ese movimiento; pero no lo ha iniciado: no ha hecho mas que acelerar la madurez de un fruto que caera del árbol al llegar su hora. (N. ED.)

(c) Esta es la mas curiosa de las comparaciones presentadas en este Ensayo, y el hecho histórico menos observado. (N. ED.)

(4) No es fácil suponer que un orden religioso de la mas remota antigüedad, y que gobernaba á su placer al pueblo, se dejara matar y proscribir sin poner en juego todos los recursos de su poder. Y puesto que Luciano nos dice que en su tiempo aun habia en Persia magos que vivian en el mayor grado de esplendor, bien se puede inferir que triunfaron de Darío. Por lo demás, Plinio y Arriano hablan del gran poder de los magos en tiempo de Jerjes, y de este principe como de un celoso sectario del segundo Zoroastro.

CAPITULO LXI.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION REPUBLICANA DE LA GRECIA SOBRE LA PERSIA.—Y DE LA FRANCESA SOBRE LA ALEMANIA.—CAUSAS INMEDIATAS DE LA GUERRA MÉDICA.—Y DE LA GUERRA REPUBLICANA.—LA JONIA (2).—EL BRABANTE.

Las diversas colonias que los griegos habian fundado en las costas del Asia Menor, habian ido cayendo sucesivamente bajo el poder de los reyes de Lidia (3). Habiendo esta potencia sido á su vez derribada por Ciro, las ciudades de la Jonia tuvieron que someterse al yugo de la Persia.

No les fue sin embargo conocida la esclavitud mas que por el pombre. Sus nuevos señores no hicieron ninguna innovacion en el antiguo gobierno popular de estas ciudades, y se contentaron con exigir de ellas un ligero tributo (4); pero sus habitantes, incapaces de moderacion, no creian que hubiera mayor tormento que el reposo. Enervados con el lujo y las voluptuosidades, no conservaban ya de la pureza de sus costumbres primitivas, mas que una especie de inquietud siempre dispuesta á lanzarlos en la calamidad de las revoluciones, sin darles por eso la energia necesaria para saberse aprovechar de ellas (5).

Las colonias greco-asiáticas formaban un cuerpo de repúblicas que se gobernaban por sus propias leyes, bajo la proteccion de la corte de Susa (6), del mismo modo que los Estados confederados de los Países-Bajos respecto de los emperadores de Alemania. Muchas veces habian ya aquellas intentado librarse del yugo de la Persia, sin haberlo podido conseguir. Durante el decimonono año del reinado de Darío, se levantaron en masa los pueblos de la Jonia (7). Lo que generalmente daba margen á la insurreccion, eran esa clase de vagos rumores de tiranía, continuo pretexto de los facciosos, y que rigurosamente hablando, nada mas significan sino que hay necesidad de emplear expresiones figuradas para no usar en su verdadero sentido

(a de 1826) el primer tomo del *Ensayo*. No creo que ningun culpable haya nunca llegado á imponerse penitencia mas rigurosa. No por eso se crea que no me ha sido doloroso el castigo que me he aplicado. Desafío al critico de peor intencion á que trate esta obra con mas rigor que el que yo la he tratado, pues no he tenido consideracion de ningun género ni con mi amor propio, ni con mis principios: así proseguiré haciéndolo en las notas del tomo segundo.

Seame ahora lícito preguntar al lector qué es lo que piensa por lo tocante al libro que acaba de leer. ¿Se ha hecho formar acerca de mi persona un juicio distinto del que ya tenia formado? ¿Qué juicio ha formado del autor al leer el *Ensayo*? ¿Será acaso un impio, un revolucionario, un faccioso, ó un jóven accesible á toda idea honrada, imparcial con sus enemigos, justo contra sí mismo, y á quien en el curso de una larga obra no se le ha escapado una sola palabra que revele hajeza de corazón? El *Ensayo* será un mal libro; pero si el autor no merece ninguna alabanza por haberlo escrito, ¿se le podrá por lo menos rehusar alguna señal de aprecio?

Literariamente hablando, el *Ensayo* toca todas las cuestiones, discute todos los asuntos, promueve una multitud de ideas controvertibles, excita otras nuevas y presenta todas las formas de estilo. No sé si mi nombre llegará á la posteridad, ni si esta oirá hablar de mis obras; mas si el *Ensayo* pudiere librarse del olvido, en la misma forma que ahora tiene, y con las notas críticas que le acompañan, bien se puede asegurar que seria considerado como uno de los mas raros monumentos de mi vida.

(N. ED.)

(2) Bajo el nombre general de Jonia comprendo la Eólida y la Dórida.

(3) HEROD., lib. I, cap. VI.

(4) *Id.*, lib. VI, cap. XLII, XLIII.

(5) THEN., lib. XII, p. 526; HEROD., lib. IX, cap. CIV, PAUSAN., lib. III.

(6) HEROD., lib. I, cap. CXLIII.

(7) HEROD., lib. V, cap. XCVIII.

ciones, corrió el clero alarmando las ciudades de los Países Bajos, diciendo que se atentaba contra sus franquicias, siendo así que en realidad no se trataba mas que de algunos conventos de frailes inútiles. La revolucion del Brabante produjo las mas funestas consecuencias. El pueblo, vencido únicamente por la fuerza de las armas, destituido de afecto hácia sus soberanos, ó mejor dicho, considerándolos como unos tiranos, lejos de adherirse con calor á la causa de los aliados, se presentó como fácil presa de los franceses. Nótese también al mismo tiempo la reaccion, digámoslo así, de la justicia general: aquel clero que sublevó á los pueblos del Brabante contra sus reyes legítimos, solo por salvar alguna parte de sus inmensas riquezas, vino por último á caer en manos de los republicanos, que sin consideracion de ningun género le despojaron enteramente de ellas (a).

Una guerra funesta desoló la Persia, y arruinó la Alemania. Darío en su expedicion de Escitia perdió un ejército brillante.—Los Estados de José acabaron de debilitarse con los esfuerzos que hizo al tomar parte en la expedicion contra la Puerta. Mas, en este particular conviene tener presente una diferencia local del mayor interés. Las tropas persas al dirigirse á la Tracia por las orillas del Danubio, se aproximaron á la Grecia.—El ejército austriaco al lanzarse sobre la Turquia, se alejaba por el contrario de las fronteras de Francia. Este incidente de situacion ha contribuido particularmente á decidir la guerra actual, pues, ó bien los emperadores se habrian declarado antes contra la república y la habrian encontrado menos preparada, ó bien los franceses no habrian podido penetrar en el Brabante. De diversos datos, diversas consecuencias.

Habiendo muerto José en Viena, le sucedió en el trono su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana. Este, como acostumbrado á una posicion no tan elevada, y de un horizonte mas limitado, no pudo abarcar la inmensidad de la perspectiva, cuando se vió elevado á tan altas regiones. La naturaleza lo habia dotado de aquel género de vista que puede llamarse microscópica, porque distingue con claridad los detalles mas diminutos, al paso que no puede extenderse sobre las dimensiones mas latas del objeto. A pesar de esto, su carácter presenta algunos puntos de semejanza con el de Darío, particularmente en lo relativo al amor á la justicia, y al conocimiento de las leyes. Mas, el monarca persa dirigió á sus vasallos aquellas miradas que indican á los pueblos el camino que han de seguir, y el emperador austriaco lo miró como el pastor que recuenta su ganado. El primero poseia la energia y la liberalidad del gefe que da, y el otro la frialdad y la parsimonia del depositario que enumera (1).

Tales eran los monarcas y el estado de los imperios cuando la revolucion republicana de Grecia y la de Francia hicieron estallar la guerra médica en el antiguo mundo, y la presente en el mundo moderno.

Intentaremos manifestar las causas que la desarrollaron (b).

(a) No carecen de exactitud estas observaciones, y es por lo tanto, lástima que esten debilitadas por la manifestacion de un espíritu anti-religioso. Todos convenimos en que hay frailes inútiles: sin dejar de ser buen católico puede uno decir con Fleury y con otros sabios sacerdotes que se han introducido algunos abusos; pero no quiero recurrir á esta defensa, prefiero decir la verdad, y es que al escribir el párrafo á que alude esta nota, me hallaba embobado en la doctrina de mi siglo. (N. ED.)

(1) Establezco este paralelo con arreglo al libro intitulado *Instituciones toscanas* de Leopoldo, por lo que he oido decir en Alemania á varios florentinos, y últimamente por la historia general de Europa en aquella época. Sin embargo, la justicia me obliga á manifestar que también he encontrado alemanes que profesaban veneracion á las virtudes de Leopoldo.

(b) He llegado ya al fin de lo que constituye en esta edicion

las palabras, odio, envidia, venganza, y todas las demás que componen el verdadero diccionario de las revoluciones.

—Habiendo el Brabante, que en lo antiguo había pertenecido al ducado de Borgoña, pasado al través de varias sucesiones, á la casa de Austria, permaneció en posesion de sus privilegios políticos, constituyendo una especie de república sometida á un poderoso imperio.

El carácter de los flamencos, civilmente conside-

rado, presenta singulares analogías con el de los griegos-asiáticos, notándose también en los primeros la inclinacion á insurreccionarse sin mas motivo, que el no poder permanecer tranquilos. Asi lo demuestran la república del cervezero Artavelle (1), el destierro de muchos de sus ilustres ciudadanos, las revoluciones en tiempo de Carlos el Temerario, y los grandes trastornos bajo Felipe II (2). Hubo en las innovaciones de José causas mas que suficientes para sublevar á un pueblo turbulento y supersticioso. En



PITAGORAS.

un instante, todo los Países Bajos estuvieron sobre las armas, y el emperador de Alemania comprendió aunque tarde, que no había conocido el carácter de aquellos hombres.

CAPITULO LXII.

DECLARACION DE LA GUERRA MÉDICA, AÑO 1.º DE LA OLIMPIADA SEXAGÉSIMO NONA (505 AÑOS ANTES DE J. C.)—DECLARACION DE LA GUERRA DE 1792.—PRIMERAS HOSTILIDADES.

En tanto que en la Jonia y en el Brabante tenían lugar en sus respectivas épocas estos sucesos, eran la

Francia y la Grecia teatro de grandes escenas. Levantándose en nombre de la libertad habían esas dos regiones destronado á sus príncipes y cambiado la forma de gobierno. Hallándose los atenienses en el colmo de su entusiasmo, vieron de improviso llegar embajadores de la Jonia insurreccionada, suplicando dispensaran proteccion á sus conciudadanos en la causa comun de independencia. (3)—Igual súplica hicieron los di-

(1) FROISARD., cap. xxxiv.

(2) *Id.*, cap. xxiv; HUME'S *Hist. of England*, t. II, página 395.

(3) HEROD., lib. v, cap. lv.

putados del Brabante á la Asamblea nacional francesa.

La impetuosidad ática y francesa habrían deseado lanzarse súbitamente á la medida que se les proponía; mas aun no había llegado la hora de hacerlo. No podían aun contar sino con preparativos muy poco adelantados; todavía se conservaba un resto de temor, y no era posible sin faltar á todo decoro romper la paz con Persia,—tampoco en Francia había ningun motivo de queja respecto de Alemania. No consiguieron, pues, los diputados, sino palabras consoladoras, y la seguridad de saber que los gobiernos á que habían acudido fomentarian en secreto los trastornos en que no podían tomar parte desembozadamente. (1)-(a)

No tardó en presentárseles una excusa en que fundar el rompimiento. Hypias, huyendo de Atenas, se había refugiado en la corte de Artafernes, hermano de Darío y sátrapa de Lidia.—Los príncipes, hermanos de Luis XVI, habían buscado un asilo en la corte de Coblenza.—En el acto levantaron los atenienses el grito, diciendo que Darío favorecía al tirano, y que este intrigaba para suscitar enemigos contra la patria: á consecuencia de esto enviaron diputados á Artafernes dándole á entender que debía dejar de dispensar su proteccion á Hypias.—Los franceses exigieron de Leopoldo que no consintiera reuniones de emigrados en sus dominios y dejara de proteger á los príncipes



SACONTALE Y EL ERMITAÑO CANA.

fugitivos.—Artafernes contestó terminantemente que

(1) Fuerza es creerlo así con arreglo á lo que dice Herodoto, en cuya narracion acerca de esto se encuentra alguna contrariedad. Ademas, mi opinion acaba de robustecerse con lo que Plutarco y Platon en el lib. III de las leyes dejaron dicho.

(a) Esto es grave: establezco conjeturas en vez de hechos históricos, y acuso sin presentar las pruebas de la acusacion. El gobierno francés trató de propagar los principios revolu-

si los atenienses deseaban reconciliarse con el gran rey, debían reponer al hijo de Pisistrato en el trono.—El emperador alemán aparentó ceder á las insinuaciones de la Asamblea, y secretamente obró en sentido contrario. (b)

cionarios, pero no fue durante la asamblea Constituyente, sino en la época del Terror: La preocupacion de mi sistema me hizo cometer un anacronismo. (N. ED.)

(b) Lo que digo respecto de los atenienses se funda en una

Por otra parte Darío se quejaba de que los griegos impelían á la revolución á las ciudades de la Jonia, y se abrogaban el derecho de mezclarse en asuntos del gobierno interior de sus provincias, (1) poco mas ó menos lo mismo que los príncipes alemanes dijeron en nuestros días contra los decretos de la Asamblea nacional.

No era posible que en medio de esas recíprocas contestaciones conserváran los ánimos por mucho tiempo la moderación de que aun hacían alarde. Los partidos hablaban de sus deseos de paz, en tanto que bajo mano se preparaban para la guerra. Cada vez se exacerbaba mas el odio... Hippias en la corte de Suza representaba á los atenienses como un pueblo enemigo del orden y de los reyes.—Los emigrados franceses declamaban á la faz de Europa contra los regicidas que habían jurado odio eterno á los tronos.—Los griegos y los franceses decían que los pueblos debían levantarse contra los tiranos que amenazaban destruir la libertad. Los unos invocando el republicanism, los otros á la esclavitud, se insultaron, y por último, corrieron á las armas. Los atenienses y los franceses ganando en impetuosidad de carácter á los persas y á los alemanos, fueron los primeros en lanzarse al combate. (2) El año 4.º de la olimpiada sexagésimo-nona, y el 1792 de nuestra era, presenciaron las primeras hostilidades de aquellas guerras demasiado célebres. Los atenienses se precipitaron sobre el Asia Menor y quemaron la ciudad de Sardes.—Los franceses cayeron sobre el Brabante y se distinguieron tambien por sus incendios. Unos y otros tuvieron por último que emprender una fuga vergonzosa, y se retiraron dejando en pos de sí hogueras que solo podían apagarse con torrentes de sangre. (a)

CAPITULO LXIII.

PRIMERAS CAMPAÑAS.—AÑO 3.º DE LA OLIMPIADA LXXII. (3)—1792.—RETRATO DE MILCIADES—DE DUMOURIEZ.—BATALLA DE MARATON.—DE TEMMAPES.—ACUSACION DE MILCIADES—DE DUMOURIEZ.

Propusieronse los persas, asi como los austriacos, tomar una ruidosa venganza de sus enemigos. Los primeros hicieron salir á Datis con un ejército de ciento diez mil hombres, y teniendo á sus órdenes á Hippias, el ateniense.—Los segundos avanzaron conducidos por el rey de Prusia, en cuya compañía iban tambien los hermanos de Luis XVI. El ejército persa despues de haberse apoderado de algunas islas inmediatas al Atica, llegó victoriosamente á Maraton.—El ejército aliado contra la Francia consiguió apoderarse de algunas plazas fronterizas y se desplegó en las llanuras de Champaña.

Quedó toda la Grecia en el mayor grado de confusión—y en Francia sucedió lo mismo. Los partidarios de la monarquía se recogían en secreto de la llegada del ejército aliado; otros, cuyas opiniones habían variado con los acontecimientos, empezaban á querer disculparse del patriotismo que habían manifestado; y por último los amantes de la libertad, exaltados por el peligro del momento, sentían que su valor se redoblabla en proporción de las calamidades que amenazaban á la patria, y obedecían á un misterioso y sublime instinto que estimulaba su ardimiento.

autoridad histórica; mas por lo tocante á Alemania no me fundo sino en mis propias observaciones: lo cual no es bastante.

(1) Herod., lib. IV, cap. CV.

(2) Herod., lib. V, cap. CII.

(a) En obsequio de la verdad histórica debo decir que en este pasaje torturo la narración de Herodoto y no guardo la mayor exactitud al referir las primeras hostilidades de los franceses. (N. ED.)

(3) 490 años antes de J. C.

Siéntese uno poseído de santa veneración al oír pronunciar el nombre de Milciades, no porque deslumbrase con sus victorias, sino por haber salvado su país de la esclavitud. (b) Las cualidades guerreras en que mas se distinguió aquel insigne varón, fueron la actividad y discernimiento. A este último debió el no haber vacilado en dejar que sus compatriotas se lanzaran en Maraton sobre los persas, bien convencido de que la reflexión podría ser perjudicial al impetuoso valor de los atenienses. Las facciones del general republicano brillaban con la expresión de sus virtudes, ¿diré de sus vicios? Una frente espaciosa, la nariz aguileña, la boca algo fruncida y poca movable, y el vigor de su mirada revelaban al terrible enemigo de los tiranos, y tal vez al hombre algo dispuesto por sí mismo á la tiranía (4) (c). El puñal de un Junio Bruto puede fácilmente ser convertido en el cetro de hierro de un César: las almas enérgicas arrojan como los volcanes grandes torrentes de luz y grandes masas de humo.

Bajo formas y facciones pequeñas, y un ademan inquieto, aunque decoroso, Mr. Dumouriez ocultaba talentos nada comunes. Acriminante la versatilidad (d) de principios, mas dado caso de que así fuera, ¿se podría por eso decir que había sido mas culpable que los demás hombres de su época? Nosotros, los romanos de este siglo virtuoso, todos tenemos en reserva nuestros trages políticos para el momento de salir al escenario; mediante una módica cantidad de dinero dada en la puerta del teatro, cualquiera puede proporcionarse el gusto de vernos representar con toga ó con librea el papel de un Casio, ó de un lacayo. (e)

Alentados por la confianza que Milciades les inspiraba, los atenienses volaron al combate.—Los franceses, conducidos por Dumouriez, buscaron al ejército aliado. Los persas y los prusianos poseídos de la mas increíble inercia, parecía que habían quedado paralizados en sus campamentos. (3) No tardaron los segundos en tener que emprender su retirada, abandonando sus conquistas: en vista de lo cual los republicanos avanzaron rápidamente hácia Flandes. Maraton y Jemmapes (6) enseñaron al mundo que el hombre

(b) Advértase que es un emigrado el que escribe.

(4) Tengo á la vista varios bustos de Milciades grabados en 1666 en Roma con arreglo á camafos antiguos que el R. B. S. ha tenido la bondad de facilitarme.

(c) Retrato hecho segun el estilo de una mala escuela. No me muestro en este particular mucho mas escrupuloso que los atenienses, pues por la simple inspección de unas facciones desfiguradas tal vez por el grabado, declaro á Milciades algo inclinado á la tiranía. Está visto que yo hubiera mandado ahorcar á los tiranos solo por su rostro. (N. ED.)

(d) Esta manía de comparar los hombres del día con personajes que hace miles de años que están reposando en la tumba, y cuya gloria ha sido sancionada por el tiempo, es un prodigioso ejemplo de la locura del espíritu de sistema. ¿Cuánta diferencia hay entre el juicio que se pronunció acerca de Dumouriez en 1794 y el que generalmente se pronuncia en la actualidad! (N. ED.)

(e) La sátira histórica no es historia, pues juzga á la sociedad únicamente por los casos excepcionales, y da lugar á que por decir una frase brillante quede tal vez sacrificada la verdad. No faltan quizas hombres indulgentes y filantrópicos que manejan alguna vez la sátira, pero hay la diferencia de que no la emplean sino como arma defensiva, en tanto que los verdaderos satíricos la usan como ofensiva. (N. ED.)

(3) Diez generales había en el ejército ateniense; pero todos cedieron el honor del mando á Milciades; mas este no quiso usarlo hasta el día en que le tocaba el turno: de aquí resultó que un puñado de griegos, (once mil hombres) se mantuvieron en presencia de ciento diez mil persas sin que estos pensáran en atacarlos. Por lo tocante al rey de Prusia diremos que se tomó el piadoso cuidado de reinstalar en su sede al obispo de Verdun, y de asistir á una misa cantada por los canónigos con gran satisfacción de los republicanos al verle tan devotamente entretenido. (N. ED.)

(6) Estas dos batallas cuyos efectos fueron tan semejantes para la Grecia y para la Francia, se diferencian totalmente en lo relativo á las circunstancias. Diez mil atenienses derrotaron á ciento diez mil persas: en Jemmapes costó trabajo á

que se bate por sus hogares, y el entusiasta que pelea en nombre de la libertad, son formidables enemigos.

A esas primeras tempestades sucedió un breve momento de calma, que los atenienses y los franceses llenaron, si así puede decirse, con su ingratitud. Habiendo Milciades y Dumouriez sufrido algunos reveses (1) fueron acusados de realismo y de haberse dejado sobornar por el oro de la Persia y del Austria. El primero murió en una prisión á resultas de las heridas que había recibido por la patria, y el segundo no pudo evitar la muerte sino fugándose. (2)

CAPITULO LXIV.

JERGES.—FRANCISCO.—CONFEDERACION GENERAL CONTRA LA GRECIA.—CONTRA LA FRANCIA.—REVOLUCION DE ALGUNAS PROVINCIAS.

En tanto el imperio de Oriente y el de Alemania habían cambiado de dueño. Darío y Leopoldo (3) dejan de existir. A estos monarcas, profundos conocedores de los hombres y de la ciencia del gobierno, sucedieron sus hijos Jerjes y Francisco. (a) Puestos ambos jóvenes al frente del gobierno de tan grandes Estados en aquellas borrascosas circunstancias, se mostraron muy distintos en carácter. Tan pusilánime se manifestó Jerjes, educado en la molición, como valeroso el emperador de Alemania, cuya primera edad había ido pasando en los campamentos de José. El único rasgo que al parecer les dió alguna semejanza, fue la obstinación. Uno y otro tuvieron tambien la desgracia de ser engañados por sus enemigos que llegaron á introducirse hasta en sus consejos.

cincuenta mil franceses forzar las líneas de diez mil austriacos. La retirada de Clerfuit despues de la batalla pasa por una obra maestra del arte militar. Los persas perdieron seis mil cuatrocientos hombres y los griegos ciento noventa y dos. Dos patriotas que se hallaron en Jemmapes me han asegurado que los franceses dejaron en el campo de doce á quince mil cadáveres.—La batalla de Maraton se dió el 29 de setiembre, 490 años antes de J. C. y la de Jemmapes el 8 de noviembre de 1792.

(1) Herod., lib. VI, cap. CXXXII; C. NEP., in Mill., cap. VII.

(2) *Memorias del general Dumouriez.*

(3) Leopoldo no llegó á ver la conclusión de la primera campaña, pues falleció en Viena el mismo día que se declaró la guerra en París. Mas como esta declaración se hizo en nombre suyo, no he hablado antes de este acontecimiento, que en nada altera la verdad de los hechos, ni puede perjudicar al conjunto del cuadro.

(a) Ya está el lector acostumbrado á esta clase de comparaciones. ¿No parece que yo conozco á Jerjes tan á fondo como al respetable emperador de Alemania que aun conserva la vida? Hago la descripción de los ejércitos persas y alemanes poco mas ó menos como el ingenioso hidalgo de la Mancha decía el nombre de los generales de aquellos dos grandes ejércitos de carneros. Aquel caballero de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran duque de Quirrcia....

(N. ED.)

Resuelto Jerjes á seguir con todo vigor la guerra que su padre le había legado, juntamente con la corona, reunió su consejo y demostró la necesidad de volver á todo su antiguo esplendor el brillo de la Persia, mancillado en los campos de Maraton. «Atravesaré los mares, dijo aquel príncipe, atravesaré aquella criminal ciudad y traeré cargados de cadenas á sus habitantes.» Los aliados han usado poco mas ó menos el mismo lenguaje.

No se pensó, pues, mas que en reunir los inmensos preparativos de la expedición proyectada. Despacháronse á las provincias de Persia correos portadores de las órdenes de la corte de Suza á fin de que las tropas acelerasen su marcha. Al mismo tiempo se formó una confederación general de todos los Estados del Asia, Africa y Europa, contra el pequeño país de la Grecia. Los cartagineses tomando á sueldo soldados galos, italianos é iberos, se declararon en favor del gran rey y firmaron con él un tratado de alianza ofensiva. La Fenicia y el Egipto concurren á la gran confederación con sus buques y la Macedonia con sus falanges. Jerjes sacó de sus Estados, propiamente dichos, la Media y la Persia, tropas aguerridas. Babilonia, Arabia, Lidia y la Tracia, aprestaron sus contingentes. Por último, en las llanuras de Dorisco se llegó á reunir un ejército de tres millones de soldados.

Al ruido de tan formidables preparativos algunas provincias de la Grecia, sea por cobardía, sea por su opinion, desertaron al campo de los confederados. No tardaron la Beocia, la Argolide, la Tesalia y otras muchas islas del mar Egeo en aliarse con los tiranos.

Tambien el emperador Francisco hizo contra la Francia preparativos inmensos. Sus Estados de Hungría, Bohemia y Lombardia, etc., le suministraron excelentes soldados: la Prusia sostuvo al emperador con todo su poder; los círculos electorales del Imperio aprestaron sus legiones, Inglaterra, Holanda, España, Sicilia, Cerdeña y la Rusia tomaron parte en la confederación general é hicieron avanzar numerosas huestes hácia las fronteras de Francia. Algunas provincias de esta última como la Vandé, el Lyonesado y el Langüedoc se insurreccionaron, y la naciente república, se vió interior y exteriormente atacada y en visperas de una inevitable ruina.

Muy pocos fueron los pueblos que permanecieron tranquilos espectadores de aquellas grandes escenas. En el antiguo mundo no se sabe que dejasen de tomar parte en la expedición de Jerjes mas que Creta, Italia, y la Escitia, permaneciendo neutrales, y en nuestros días solo guardaron neutralidad la Dinamarca, la Suecia, la Suiza y algunas otras pequeñas repúblicas. Ni los griegos, ni los franceses tuvieron aliados al principio de la guerra; pero luego los conquistaron por el esfuerzo de sus armas.

El lector podrá recorrer de una mirada y enterarse de tan interesante situación á beneficio del siguiente estado.